

Prólogo

En el otoño de 2000, casi una década después de que empezara a ejercer la abogacía defendiendo a las víctimas de la violencia en los tribunales de Irán, me enfrenté a los días más dolorosos de toda mi carrera. El trabajo al que habitualmente me dedicaba —niños maltratados, mujeres rehenes de matrimonios abusivos, presos políticos— me obligaba a estar en contacto diario con la crueldad humana, pero el caso que ahora tenía entre manos conllevaba una amenaza de orden distinto. Recientemente el Gobierno había admitido su complicidad parcial en la avalancha de asesinatos premeditados que, a finales de la década de 1990, habían acabado con la vida de docenas de intelectuales. Algunos fueron estrangulados al salir a la calle, otros acuchillados en sus propias casas. Yo representaba a las familias de dos de las víctimas y esperaba con impaciencia poder ver los expedientes de la investigación judicial.

El juez que presidía el tribunal había otorgado a los abogados de las víctimas tan sólo diez días para leer todo el expediente. Esos pocos días serían el único acceso permitido a los hallazgos de la investigación, nuestra única oportunidad de encontrar pruebas y preparar el caso. El caos de la investigación, los intentos por encubrir la mano del Estado y el misterioso suicidio en la cárcel de uno de los principales sospechosos hacían aún más difícil que pudiésemos componer la narración de los hechos, desde las fatuas ordenando los asesinatos hasta su ejecución. Había muchísimo en juego. Era la

primera vez en la República islámica que el Estado reconocía haber asesinado a sus críticos. Y la primera vez que se celebraba un juicio para exigir responsabilidades. El propio Gobierno había admitido que un escuadrón descontrolado, que operaba dentro del Ministerio de Inteligencia, era responsable de los asesinatos; el caso aún no había ido a juicio. Cuando por fin llegó el momento, comparecimos ante el tribunal, tensos y decididos.

Tras examinar el volumen físico de los expedientes, unas pilas tan altas como nosotros, comprendimos que tendríamos que leerlos simultáneamente y, por tanto, excepto para uno de nosotros, sin orden. Como deferencia los demás abogados de las familias de las víctimas me permitieron empezar por el principio, de modo que fui la primera en ver cada una de las páginas que apresuradamente leía y pasaba al siguiente.

El sol entraba por las sucias cristaleras; sus rayos se desplazaban demasiado rápidamente por la habitación mientras nos apretujábamos hombro con hombro, sentados a la pequeña mesa, sin más ruido que el susurro de las hojas y el esporádico golpe de la corta pata de mi silla de madera. Los pasajes importantes de los expedientes, las transcripciones de los interrogatorios de los asesinos acusados estaban totalmente dispersos, enterrados entre páginas de relleno burocrático. El material era siniestro, con descripciones de los brutales asesinatos y párrafos en los que se contaba cómo un asesino, con aparente satisfacción, gritaba «Ya Zahra» en fúnebre homenaje a la hija del profeta Mahoma por cada puñalada dada. En la habitación contigua los abogados defensores leían otras partes del dossier, y era imposible no sentir su presencia emanando del otro lado de la pared: esos hombres defendían a los que habían asesinado en nombre de Dios. Casi todos los asesinos eran funcionarios de poco rango del Ministerio de Inteligencia; esbirros que habían ejecutado a los que figuraban en las listas negras en nombre de sus superiores en el escalafón.

A eso del mediodía nuestras fuerzas flaqueaban. Uno de los abogados llamaba al joven soldado apostado en el pasillo

para que nos trajera un tentempié. En cuanto llegaba la bandeja con el té, volvíamos a bajar la vista sobre los atestados. Yo había llegado a una parte más detallada y más narrativa que las anteriores, por lo que leí más despacio y con más concentración. Era la transcripción de una conversación entre un ministro del Gobierno y un miembro del escuadrón de la muerte. Cuando mis ojos se posaron en la frase que me perseguiría durante muchos años, pensé que la había leído mal. Parpadeé, pero me seguía mirando desde la página: «La siguiente persona a la que hay que matar es Shirin Ebadi». Yo.

Se me secó la garganta. Leí la línea una y otra vez mientras las palabras impresas se me hacían borrosas. La otra mujer que había en la habitación, Parastou Forouhar, cuyos padres habían sido los primeros en ser asesinados, apuñalados y cruelmente mutilados en su casa de Teherán en plena noche, estaba sentada a mi lado. Le apreté el brazo señalándole la página con la cabeza. Incliné la cabeza cubierta por el velo y leyó la página rápidamente desde el principio. «¿Lo has leído? ¿Lo has leído?», no dejaba de susurrarme. Seguimos leyendo juntas, leyendo sobre cómo mi asesino frustrado se dirigía al ministro de Inteligencia y solicitaba permiso para llevar a cabo mi asesinato. Durante el mes de ayuno del Ramadán, no, había contestado el ministro, pero después, cuando quisieran, podían matarme. «Pero si de todos modos no ayunan», había argüido el mercenario; «esa gente se ha divorciado de Dios». Esta creencia —que los intelectuales, que yo, habíamos abandonado a Dios— era lo que justificaba los asesinatos como un deber religioso. En la espeluznante terminología de los que interpretan violentamente el islam, nuestra sangre se consideraba *halal** y Dios permitía su derramamiento.

En ese momento la puerta se abrió con un chirrido. Más tazas de té insípido abarrotaban la mesa y nos mantenían despiertos. Me distraje reordenando los papeles que tenía delan-

* Animal sacrificado tal como prescribe la ley musulmana (*N. del T.*).

te de mí. Mi mente todavía estaba pensando en lo leído anteriormente. La verdad es que no estaba asustada, tampoco enfadada. Recuerdo que me invadió un sentimiento de incredulidad. ¿Por qué me odian tanto?, me pregunté. ¿Qué he hecho para despertar el odio que emana de esa orden? ¿Cómo me he creado esos enemigos que tanto desean derramar mi sangre que no pueden esperar a que acabe el Ramadán?

En ese momento no nos paramos a hablar del asunto; no había tiempo para gritos ahogados, ni para murmullos de apoyo: «Es horrible que estuvieras en esa lista». No podíamos desperdiciar el precioso y limitado tiempo de que disponíamos para leer los expedientes. Di un sorbo a mi té y seguí leyendo, aunque tenía los dedos como paralizados y pasaba las páginas con dificultad. Acabamos a eso de las dos de la tarde y sólo entonces se lo conté a los demás abogados, mientras cruzábamos el patio que había fuera. Negaron con la cabeza, murmurando: *Alhamdolellah*, gracias a Dios. Yo había escapado de la muerte. No así las víctimas a cuyas familias defendíamos.

Me adentré en la acogedora cacofonía del tráfico de Teherán, sus anchas calles y bajos edificios invadidos a aquella hora del día por viejos coches sin resuello. Cogí un taxi para volver a casa y me dejé arrullar por la vibración del polvoriento Paykan durante el trayecto. Al llegar corrí hacia el interior, me quité las ropas y permanecí una hora bajo la ducha, dejando que el agua fría cayera sobre mí en cascada, limpiándome la suciedad de esos expedientes incrustada en mi mente y bajo mis uñas. Sólo después de la cena, cuando mis hijas se hubieron ido a la cama, le dije a mi marido: «Hoy me ha pasado algo interesante en el trabajo».

Una infancia en Teherán

Mi indulgente abuela, que cuando mis hermanos y yo éramos niños jamás nos habló en un tono que no fuera dulce y cariñoso, se dirigió a nosotros por primera vez con palabras desabridas el 19 de agosto de 1953. Estábamos jugando en un rincón de la sala de estar en sombra, iluminada tan sólo por un farol, cuando se volvió hacia nosotros con una severa expresión y nos hizo callar con malas palabras. Fue antes de que yo comenzara la escuela primaria. Estábamos pasando el verano en la espaciosa casa de campo que tenía mi padre en las afueras de Hamedan, una provincia situada en el centro de Irán occidental, donde mis padres se criaron. Mi abuela también poseía una propiedad cercana y sus nietos nos reuníamos allí cada verano, jugábamos al escondite en el huerto y, al ocaso, regresábamos congregándonos en torno a la radio con los adultos. Recuerdo vívidamente aquella noche: volvimos a casa con los dedos pegajosos y las ropas manchadas de bayas y nos encontramos a los adultos de un humor de perros, por una vez inmunes a lo sucios que íbamos. Estaban apiñados en torno a la radio, más cerca de lo habitual, con una expresión absorta y con los cuencos de dátiles y pistachos que tenían delante sin tocar. Una voz temblorosa anunció en aquella radio de pilas que después de cuatro días de agitación en Teherán el primer ministro Mohamed Mosadeq había sido derrocado por un golpe de Estado. Para nosotros, los niños, esas noticias no significaban nada. Nos reímos un poco de la mirada hundida y las caras sombrías de los

adultos mientras nos escabullíamos del ambiente silencioso y fúnebre de la sala de estar.

Los partidarios del sha, que se apoderaron de la cadena nacional de radio, anunciaron que con la caída de Mossadeq el pueblo iraní había triunfado. Aparte de aquellos a quienes se había pagado por participar en el golpe, pocos compartían ese sentimiento. Para los iraníes laicos y religiosos —la clase trabajadora y la adinerada por igual—, Mossadeq era mucho más que un estadista popular. Para todos era un héroe nacionalista muy querido, una figura digna de ferviente veneración, un líder apto para guiar su gran civilización, con sus más de dos mil quinientos años de historia documentada. Dos años antes, en 1951, el primer ministro había nacionalizado la industria petrolera iraní, hasta entonces eficazmente controlada por consorcios petroleros occidentales, que extraían y exportaban enormes cantidades de petróleo según acuerdos que asignaban a Irán una ínfima porción de los beneficios. Esa acción audaz desbarató los planes de Occidente en Oriente Próximo, rico en petróleo, y le granjeó a Mossadeq la adoración eterna de los iraníes, similar a la veneración profesada a Mahatma Gandhi en India por haber liberado a su país del imperio británico. Mossadeq, democráticamente elegido en 1951 gracias a un abrumador consenso, consiguió que su popularidad no se redujera tan sólo a los partidarios de su nacionalismo. Sus abiertas demandas de libertad de prensa, su afición a dirigir la diplomacia desde su cama, su educación en Suiza y su sentido común iraní se combinaron para seducir al pueblo que le consideraba un líder brillante y astuto al encarnar no sólo sus aspiraciones, sino su compleja identidad. Al igual que ellos, reunía contradicciones aparentes, raíces históricas, ambiciones populistas y sensibilidades laicas que nunca excluyeron las alianzas con los poderosos clérigos.

La Constitución iraní de 1906, que fundó la moderna monarquía constitucional, confería al monarca tan sólo un poder simbólico. Bajo el reinado entre 1926 y 1941 de Reza Sha, un prudente dictador y creador de la nación que asumió la autoridad total con cierto apoyo popular, la monarquía go-

berno el país. Pero en 1941, después de que las tropas británicas y rusas ocuparan Irán durante la Segunda Guerra Mundial, Reza Sha fue obligado a abdicar en favor de su hijo Mohamed Reza Pahlevi. El joven sha presidió un periodo de cierta apertura política caracterizado por una prensa más libre. El equilibrio de poder volvió a decantarse hacia el Gobierno electo, y el Parlamento y el primer ministro —designado por el propio Parlamento— asumieron el control de los asuntos del país tal como señalaba la Constitución. Durante el breve periodo del primer ministro Mossadeq, el sha sólo ejerció una influencia nominal. Hasta el golpe de Estado de 1953 podría decirse que el pueblo iraní fue realmente gobernado por sus representantes electos.

En 1951, en comparación con el primer ministro, el sha de 32 años, poco querido, heredero de una dinastía carente de popularidad y de nuevo cuño, fundada además por un oficial de la brigada de los Cosacos de Persia, aparecía como una persona inexperta y poco prometedora. El sha observó el ascenso de Mossadeq con preocupación. Ante el apoyo popular cada vez mayor de su primer ministro, tuvo que hacer frente a su propia vulnerabilidad como monarca impopular, apoyado tan sólo por sus generales, Estados Unidos y Reino Unido. Las dos potencias occidentales se indignaron ante la nacionalización del petróleo iraní llevada a cabo por Mossadeq, pero esperaron el momento oportuno antes de tomar medidas. En 1953 concluyeron que se daban unas circunstancias propicias para su derrocamiento. Kermit Roosevelt, nieto de Teddy Roosevelt, llegó a Teherán para tranquilizar al asustadizo sha y dirigir el golpe de Estado. Con casi un millón de dólares a su disposición, pagó a multitudes del sur de Irán para que emprendieran marchas de protesta. Asimismo sobornó a directores de periódicos para que incluyeran titulares falsos sobre el creciente descontento anti-Mossadeq. En tan sólo cuatro días, el adorado y enfermo primer ministro se escondía en un sótano y el sobornable y joven sha recuperaba el poder, dándole las gracias a Kermit Roosevelt con la famosa frase: «Le debo mi trono a Dios, a mi pueblo, a mi ejér-

cito y a usted». Fue un momento profundamente humillante para los iraníes, quienes contemplaron la intervención de Estados Unidos como si su país fuera una especie de nación atrasada que se habían anexionado y en la que su líder podía ser puesto o depuesto al capricho del presidente norteamericano y sus asesores de la CIA.

El sha ordenó que un tribunal militar juzgara a Mossadeq. Las portadas de los periódicos mostraron fotos del primer ministro derrocado entrando en la abarrotada sala del tribunal, con la cara demacrada y sus facciones aquilinas más impresionantes que nunca. El juez dictó pena de muerte, pero la reduciría a tres años de cárcel como tributo a la superior misericordia del sha. Durante esos tres años Mossadeq languideció en una cárcel del centro de Teherán; posteriormente se marchó a su pueblo de Ahmadabad, donde pasó su retiro respondiendo a las cartas de sus desconsolados y aún leales partidarios. En años posteriores sus cartas, escritas en su letra sutil y lúcida, aparecieron enmarcadas en los despachos de las principales figuras de la oposición de Irán, los que un cuarto de siglo después derrocarían al sha en la revolución de 1979.

Doce años antes del golpe de Estado, que interrumpió la historia y la vida de los iraníes, mis padres se conocieron y se casaron al estilo típico de su generación: mediante la ceremonia ritual y tradicional conocida como *jastegari*. En una luminosa tarde de primavera de 1945, con la fría brisa de las montañas soplando a través de la antigua ciudad de Hamedan, mi padre se presentó en casa de mi madre para pedir su mano. Eran parientes lejanos y varios meses antes se habían conocido en casa de un primo segundo. La familia le recibió en la salita formal reservada a las visitas; mi madre sirvió el té y *shirini* (la palabra significa «dulces» y tiene el mismo origen que mi nombre), mirando a hurtadillas el hermoso perfil de mi padre mientras vertía con cuidado el té perfumado con cardamomo en el elegante estilo practicado precisamente para esa ocasión. Mi padre se enamoró profundamente de ella desde el principio y hasta hoy no he visto a un hombre que ado-

re más devotamente a una mujer que él. A lo largo de sus prolongadas vidas, él se dirigió a ella reverencialmente como Minu *janum*, añadiendo la palabra formal persa que significa «señora» después de su nombre, como si temiera que la familiaridad pudiera disminuir la estima que él le tenía. Ella lo llamaba Mohamed-Ali-jan.

De joven, mi madre había soñado con asistir a la facultad de Medicina y ser doctora. Pero antes de que llegara el día del *fastegari* la familia rechazó tajantemente esa posibilidad, por motivos sobre los que mi madre tenía escaso control. A medida que iba entrando en la adolescencia a nadie se le escapaba que se estaba convirtiendo en una belleza espectacular. De haber nacido una generación antes —cuando era inaudito que una mujer asistiera a la Universidad—, su piel clara y luminosa y su esbelta figura le habrían otorgado alguna ventaja en el único ámbito en el que podía competir, el bazar del matrimonio. Pero para una joven nacida a finales de la década de 1920, una época en la que el patriarcado estaba perdiendo fuerza en la sociedad iraní y en la que algunas mujeres eran admitidas en la Universidad, su belleza era un lastre para cualquier cosa que fuera más allá del matrimonio.

Mi madre no llevaba velo —la familia no era tan tradicional como para insistir en que sus hijas se cubrieran el pelo—, pero fue testigo de la prohibición del *hejab* como parte de la campaña de modernización emprendida por Reza Sha, que se proclamó a sí mismo rey de Irán en 1926. Convertir de la noche a la mañana un vasto país de aldeas y campesinos en una nación centralizada con vías férreas y un código legal resultó una tarea compleja. Reza Sha creía que sería imposible sin las mujeres del país y se propuso emanciparlas prohibiendo el velo, el símbolo del yugo de la tradición. Reza Sha fue el primer dirigente iraní —aunque no el último— en visualizar su programa político —modernización laica, merma de la influencia de los clérigos— sobre la frontera del cuerpo de las mujeres.

Las circunstancias y la época conspiraron para impedir que mi madre recibiera una educación universitaria, pero al menos acabó casándose con un hombre que, para su época,

era lo menos patriarcal que podía imaginarse. Mi padre era de carácter sereno, siempre controlaba su cólera y no había quien le hiciera levantar la voz. Cuando estaba alterado o irritado daba vueltas por la casa con las manos a la espalda o liaba metódicamente un cigarrillo, extrayendo con meticulosidad el tabaco de una cajita de plata, sirviéndose de esa actividad para tranquilizar su mente y levantando sólo la cabeza cuando se había tranquilizado del todo.

Mi padre nació en el seno de una familia rica. Su padre era un terrateniente que fue coronel del ejército en los últimos días de la dinastía Qajar, la monarquía que precedió a la de Reza Sha. Mi abuelo se casó con una princesa Qajar a la que quería muchísimo, pero con la que no tuvo hijos. Tras años de penosos intentos mi abuelo por fin cedió ante la insistencia de sus hermanos y, con la aprobación de su mujer, se hizo con una segunda esposa, Shahrbanu, con la que tuvo a mi padre y a mi tío. Mi abuelo falleció cuando mi padre tenía 7 años, dejando a Shahrbanu sola con dos hijos. Los parientes se pelearon por el testamento y, al final, arrebataron a la viuda gran parte de sus riquezas y propiedades. Indignada, Shahrbanu decidió plantarles cara. Viajó a Qom, la ciudad más santa de Irán y cuna de los seminarios del país, con la esperanza de encontrar algún clérigo que la ayudara a hacerse con la custodia de sus hijos y las propiedades que quedaban. Con la ayuda de éstos consiguió quedarse con sus dos hijos y hacerse con bienes suficientes como para satisfacer las necesidades básicas de la familia. En aquellos días la conciencia que tenían las mujeres de sus derechos se limitaba a su idea intuitiva de lo que estaba bien y lo que estaba mal; ni se les habría pasado por la cabeza solicitar un sistema legal que les proporcionara una reparación. Lo único que hacían era apelar a los hombres influyentes de la sociedad —a menudo clérigos, a los que se veía como un recurso para combatir las injusticias grandes y pequeñas— para que las defendieran en su nombre.

Yo nací el 21 de junio de 1947, el verano antes de que nos trasladáramos de Hamedan a Teherán. Mis recuerdos infantiles

giran en torno a nuestra casa de la capital, en la que entonces se llamaba calle del Sha (rebautizada, como casi todas las calles de la ciudad, después de la Revolución islámica). La casa era muy grande, de dos plantas y llena de habitaciones, una auténtica zona de juego para mis hermanos y yo. Al estilo de las antiguas casas iraníes, había sido construida en torno a un patio central en el que se hallaba un jardín lleno de rosas y lilas blancas. En el medio un estanque, en el que nadaban unos peces de colores; las noches de verano sacábamos las camas fuera, de manera que nos quedábamos dormidos bajo las estrellas, en medio del aire perfumado de flores y el silencio de la noche sólo interrumpido por el canto de los grillos. Mi madre tenía la casa inmaculada —el desorden la irritaba— con la ayuda de varios criados. Muchos de los campesinos de nuestra granja de Hamedan habían solicitado servir en nuestra casa de Teherán. Ella le confiaba una tarea a cada criado; uno hacía la compra, otro cocinaba, un tercero limpiaba y el cuarto servía el té y las comidas a los invitados.

Mi madre parecía amar genuinamente a mi padre, aunque el suyo había sido un matrimonio esencialmente concertado y le había impedido ir a la Universidad. Esperaba con impaciencia el momento en que la voz profunda y retumbante de él sonaba por el patio al final de la jornada. Pero después de casarse desarrolló un temperamento extraordinariamente ansioso. Si llegábamos a casa cinco minutos tarde la encontramos en el callejón que daba a nuestra casa tremendamente inquieta por si nos habían secuestrado o nos había atropellado un coche. Dicho nerviosismo también se manifestaba en su salud. Solía enfermar y estar siempre al cuidado de médicos que no sabían tratar ni diagnosticar el origen de su constante agitación, por completo carente de motivo. Desde cualquier punto de vista era una mujer afortunada: la cuidaba un marido ideal y cariñoso, era madre de unos niños obedientes y saludables y disponía de una posición social y económica relativamente buena. Casi todas las mujeres iraníes de su tiempo se habrían contentado con eso. Pero no recuerdo un solo día en el que a mi madre se la viera verdaderamente feliz.

En los años en que me fui haciendo mayor, mi madre se arreglaba con esmero cada día hasta alcanzar un aspecto immaculado; sonreía tranquilamente mientras, sentada, tejía en el rincón más fresco de nuestra impoluta casa, pero sus preocupaciones la roían por dentro y su cuerpo se sublevaba con una dolencia tras otra. Se sentía permanentemente enferma y tener que estar pendiente de su frágil salud no hacía más que alimentar su nerviosismo. Durante una época sufrió de asma. Daba vueltas por la casa quejándose de que se ahogaba. Cuando yo tenía 14 años mi hermana mayor se casó y regresó a Hamedan, y yo me quedé como la hermana mayor. La mala salud de mi madre fue el telón de fondo de nuestras vidas, temiendo a todas horas que muriera. De noche me quedaba despierta, mirando al techo a través de la tela de la mosquitera, preocupada por mi hermano y mis hermanas. ¿Qué les pasaría si mi madre moría? Cada noche imploraba a Dios que la mantuviera con vida hasta que mis hermanos crecieran. Mi joven mente creía que si mi madre moría yo tendría que dejar la escuela y asumir sus quehaceres domésticos.

Un día de aquel año subí sigilosamente al desván para hacer una silenciosa súplica a Dios. «Por favor, por favor, mantén viva a mi madre», recé, «a fin de que pueda seguir yendo a la escuela». De repente, un sentimiento indescriptible se apoderó de mí, empezando en mi estómago y extendiéndose a la puntas de mis dedos. En esa agitación sentí como si Dios me respondiera. Mi tristeza se disipó y una extraña euforia me atravesó el corazón. A partir de ese momento mi fe en Dios ha sido inquebrantable. Antes de ese día tan sólo había pronunciado mis oraciones de memoria, porque me las habían enseñado, igual que me enseñaron a lavarme la cara antes de acostarme. Pero después del momento en el desván, comencé a recitarlas con auténtica fe. Resulta difícil describir el despertar de la espiritualidad, al igual que se hace difícil explicar a alguien que no se ha enamorado nunca los contornos emocionales de esa experiencia. Mi revelación en el desván me recuerda un verso de un poema persa: «Oh tú, el afligido, / el amor viene a ti, no se aprende».

A lo largo de casi toda mi infancia —como suele ocurrir con los niños cuya familia es la única que conocen— jamás me pareció que nuestra casa fuera nada especial. No veía nada excepcional en que mis padres no trataran a mi hermano de manera diferente a sus hijas. Parecía perfectamente natural y suponía que todas las demás familias hacían lo mismo. No era así. En la mayoría de hogares iraníes los hijos varones disfrutaban de una posición superior y eran mimados y consentidos por un círculo de tías y parientes femeninas. A menudo constituían el centro de la órbita familiar. Sus desobediencias eran elogiadas o ignoradas; sus gustos a la hora de comer se convertían en la preocupación principal de la cocina. A medida que los chicos se hacían mayores, los privilegios de los varones —desde poder correr por el barrio hasta poder verse con sus amigos— se ampliaban, mientras que los de las chicas menguaban, a fin de asegurarse de que éstas permanecieran *najeeb*, honorables y finas. En la cultura iraní se consideraba natural que los padres quisieran más a los varones, pues éstos eran los depositarios de las futuras ambiciones de la familia; el afecto hacia un hijo era una inversión.

En nuestra casa mis padres repartían su atención, su afecto y la disciplina por igual. Nunca tuve la impresión de que mi padre quisiera más a Jafar por ser el único varón, ni que Jafar fuera más especial que yo. Teníamos que dar cuenta de adónde íbamos y volver siempre a la hora señalada hasta que tuviéramos edad de ir al instituto. A mí se me permitió ir al cine o a alguna fiesta con mis amigas sólo cuando comencé la secundaria; las mismas reglas se aplicaron a mi hermano.

Había veces en que la ecuanimidad de mi padre a la hora de tratar a sus hijos desconcertaba a los criados, quienes veían a mi hermano como su futuro jefe y al que esperaban ver ejercer su influencia sobre el sexo opuesto ya desde joven. Naturalmente su educación tradicional les había enseñado que los varones merecían una independencia y una libertad especiales y que había que prepararlos para la autoridad que ejercerían de mayores. Puesto que yo tenía cinco años más que mi hermano, era normal que ganara yo cuando reñíamos. Mis

padres nunca me reprendieron ni me castigaron; al contrario, mediaban afablemente, como si auspiciaran una seria paz entre adultos. El servicio se quejaba en voz alta, horrorizado ante esa ruptura del orden social. «¿Por qué permite que una chica le pegue a Jafar Jan?», le preguntaban a mi padre, quien simplemente sonreía y contestaba: «Son niños, ya se las apañarán».

Hasta que no fui mucho mayor no me di cuenta de hasta qué punto la igualdad entre sexos quedó impresa en mi mente, sobre todo en mi casa, mediante el ejemplo. Fue sólo al examinar mi lugar en el mundo desde una perspectiva adulta cuando comprendí que mi educación me había librado de la escasa autoestima y dependencia aprendida observada en mujeres educadas en hogares más tradicionales. La manera en que mi padre defendió mi independencia —desde niña hasta mi posterior decisión de ser juez— me inculcó una confianza nunca sentida de manera consciente, pero que con posterioridad llegué a considerar como su herencia más preciada.

Cuando evoco esos primeros años casi todos mis recuerdos oscilan entre Hamedan y Teherán; aparte de mi epifanía religiosa en el desván, no consigo asignarles ni un momento ni una importancia definida a ninguno, exceptuando el día del derrocamiento de Mossadeq: cuando el primer líder democráticamente elegido fue expulsado del Gobierno tras el golpe de Estado organizado por la CIA y su títere. Aunque apenas recuerdo lo que pasó antes de eso. Mi memoria sólo guarda fragmentos sueltos y aunque en ese momento no tenía ni idea de la aciaga importancia de ese día, sí conservo las caras de los adultos, el tono de mi abuela e, incluso, el brillo de la madera de la radio.

Apenas un cuarto de siglo más tarde, cuando la Revolución islámica derrocó al sha y los radicales tomaron como rehén al embajador estadounidense, me di cuenta de cómo la larga sombra del golpe de Estado se había proyectado sobre nuestra historia a lo largo del siglo XX. En aquellos días, todavía una niña, fue en mi casa donde primero percibí el im-

pacto del derrocamiento de Mossadeq. Mi padre, partidario de toda la vida del primer ministro encarcelado, fue despedido de su trabajo. Antes del golpe había llegado a ser secretario de Estado de Agricultura. Posteriormente, durante años, languideció en puestos inferiores sin volver a desempeñar nunca un cargo importante. El legado de la marginación de mi padre fue que en nuestra casa ya no volvió a hablarse de política. Mi padre, al principio, apenas salía de casa; pasaba el día paseando por los pasillos, algo que antes hacía sólo por la noche. A los niños jamás nos explicó lo sucedido ni por qué de repente estaba todo el día en casa, meditabundo y callado. Cuando algo terrible sucede, el primer impulso de casi todos los iraníes es ocultárselo a sus hijos, quienes inmediatamente se dan cuenta de que algo va mal y deben añadir a su desazón la carga del desconocimiento. A partir de aquellos años decidí ser diferente y hablar abiertamente con mis hijos de cualquier desdicha.

El golpe de Estado convenció a muchos iraníes de que la política era algo sucio, un intrincado juego de trapicheos e intereses encubiertos en el que la gente normal no eran más que peones; alimentó la sensación de que no éramos dueños de nuestro destino, así como la tendencia a creer que las ramificaciones de un suceso determinaban sus orígenes. Después de ese día mi padre se negó a hablar de política en casa, de modo que sus hijos crecimos sin que nos contaminara ningún interés en procesos en los que no podíamos influir. Convencido de que la familia tenía suficiente con una carrera destruida, mi padre insistió en que asistiéramos a las mejores universidades y sirviéramos al país como tecnócratas. Como resultado, me hice mayor con una singularidad añadida: fui totalmente ajena a la política, a excepción de esa noche de 1953.

II

El descubrimiento de la justicia

El año que ingresé en la facultad de Derecho, 1965, supuso para mí un punto de inflexión. El campus de la Universidad de Teherán, de alto voltaje intelectual, estaba inmerso en la política cada vez más acalorada de un Irán más abierto, cambios de los que yo —que habitaba esa zona excluida de la política impuesta por mi padre— apenas era consciente. Cuando decidí ir a la facultad de Derecho jamás imaginé que los estudiantes de Leyes estuvieran tan metidos en la política nacional. A finales de la primavera de 1965, cuando tras haber acabado el curso de introducción elegí mi especialidad, pensé en decantarme por Ciencias Políticas, pues a veces me imaginaba como una futura embajadora. Pero, para ser honesta, sabía que tenía más oportunidades de aprobar el *concours* —el exigente examen de ingreso para la facultad de Derecho—, más acorde con mis conocimientos académicos. En el sistema judicial iraní a un juez no se le exige que primero haya practicado la abogacía, por lo que elegí el programa preparatorio para ser juez. Mi clase estaba llena de estudiantes que querían ser estudiosos del Derecho, expertos o, como yo, jueces. Aunque nos pasábamos horas en la biblioteca estudiando atentamente textos de Derecho Penal —intentando imaginar casos actuales—, casi todos mis compañeros de clase estaban igualmente concentrados, si no más, en la política que se cocía a nuestro alrededor.

Una tarde los estudiantes se pusieron a gritar que la matrícula era demasiado cara. Pedían a gritos que la administra-

ción universitaria se hiciera responsable. Básicamente, las multitudes de estudiantes que se congregaban en la Universidad de Teherán gritaban cualquier cosa que no conllevara su arresto inmediato. De pie entre los manifestantes reunidos, ellas con minifalda y elaborados moños y ellos de manga corta y cara seria, sentí que me recorría un chisporroteo de energía. Los manifestantes me atraían como un imán. Lo que estaban chillando apenas importaba. Se manifestaban, sobre todo, en contra de las tasas universitarias, pero aunque hubieran protestado por el aumento del precio del té probablemente me hubiera sumado a ellos. Había algo en la idea de la confrontación —quizá la adrenalina, la chispa de una idea, la fugaz sensación de formar parte de algo— que me atraía; por eso asistía regularmente a las protestas. Por suerte, debido a que a finales de la década de 1960 los estudiantes se manifestaban casi cada día, nunca anduve escasa.

Las manifestaciones provocaron la inquietud de la SAVAK, la policía secreta del sha, que peinaba activamente tanto el campus como las calles de casi todas las ciudades, o perseguía a los grupos de iraníes que estudiaban en Estados Unidos o Europa para acabar con los disidentes cuyas actividades políticas iban más allá de manifestaciones porque estaban de moda. ¿Había algún joven —religioso o laico, intelectual o pedante, curioso o concienciado— que no asistiera de vez en cuando a una protesta? Al enorme aparato policial le costaba mucha energía y recursos averiguar quién se estaba organizando de verdad para socavar el régimen del sha y quién estaba simplemente de mirón para ver qué pasaba. Para eludir los tentáculos de la SAVAK los estudiantes fingían protestar contra las tasas universitarias, aunque lo que realmente querían gritar era: «¡Ya está bien de que nuestro petróleo vaya a parar a los escuadrones de cazas norteamericanos!» o «¡Vuelve de St. Moritz y haz frente a la pobreza de las ciudades, por favor!».

Aquel día, mientras buscaba a mis amigas, mi mirada recorrió los árboles en arco y los monótonos pero esbeltos edificios del extenso campus, una de las pocas universidades de-

centes en un país cuyos ingresos por el petróleo deberían haberle permitido construir muchas más. Al igual que casi todos mis amigos desperdigados aquel día en medio de la multitud, apenas sospechaba que aquellas manifestaciones eran el principio de una nueva época. Jamás imaginé que alterarían el curso de nuestras vidas, mandarían ondas de choque por todo el mundo y acabarían originando la última gran revolución del siglo XX. Eran la música de fondo de nuestra vida universitaria, la inyección vespertina de adrenalina antes de dirigirnos a la cafetería que había cerca de la facultad donde después de clase bebíamos *café glacé*, helado de vainilla ahogado en café.

Aquel día, sin embargo, contrariamente a nuestra costumbre, no fuimos a la cafetería, pues una de mis amigas tenía un destartalado Paykan blanco aparcado en la calle. Nos metimos seis en el coche y pusimos rumbo al norte, hacia Darband, donde los cafés y restaurantes salpicaban la suave ondulación de los montes Alborz, que bordean la parte más septentrional de la ciudad. A lo mejor pensáis que porque veníamos de una protesta nuestra conversación era más o menos seria. Os aseguro que no. Chismorreábamos de nuestros compañeros de clase, de películas, de adónde iríamos en nuestra próxima excursión en coche; cosas de las que habitualmente charlan las universitarias. En el ambiente universitario de la época estaba de moda dárseles de intelectual y diseccionar hábilmente los defectos del sha, pero, para ser franca, tales asuntos no nos importaban demasiado.

Mientras nos dirigíamos hacia el norte, cruzándonos con el tráfico que pasaba a toda velocidad en dirección contraria, era evidente que Teherán había pasado de ser una discreta capital rodeada de huertos a convertirse en una extensa metrópolis. Los andamios para la construcción adornaban cada esquina, camiones que trajinaban sacos de cemento y tablas de madera cruzaban la ciudad como hormigas obreras; en las concurridas esquinas aparecían carteles de cine que exhibían las caras de las estrellas de cine europeas y en los quioscos podías encontrar revistas donde aparecían aspirantes a ac-

trices norteamericanas en bikini. Era una ciudad por completo distinta del Teherán de mi infancia: más suburbios, más restaurantes, más cines, más jóvenes de provincias vestidos con ropas polvorientas y botas incrustadas de barro, de camino o de vuelta a sus diversos trabajos.

Como sentíamos curiosidad por ver la legendaria elegancia de los restaurantes franceses de Darband, durante tres días habíamos ahorrado nuestra asignación para poder tomarnos un almuerzo espectacular. El lugar elegido daba a un riachuelo que serpenteaba al pie de las colinas de los montes Alborz, cuyas mesas, puestas con un gusto exquisito, estaban colocadas junto a las relucientes ventanas. Un camarero de aspecto impecable nos entregó los menús y estudiamos alarmadas aquellos precios exorbitantes. Lo único que podíamos pedir era algo de beber, de modo que para proporcionarnos una salida airosa decidimos pedir algo que, sabíamos, no nos servirían: *kabob-koobideh*, una modesta brocheta de carne picada de ternera, fuera de lugar entre los gratinados y los *coq au vin* que dominaban el menú. El camarero negó con la cabeza y nos levantamos de la mesa, fingiendo un gesto de profunda decepción.

Aquel día aprendimos a no dejarnos engatusar por lo que se contaba de los placeres del norte de Teherán, los restaurantes griegos donde rompían los platos, o las terrazas de los cafés donde las parejas deslumbrantemente vestidas escuchaban a los Four Tops mientras bebían vodkas con tónica. Limitamos nuestras salidas a los restaurantes más módicos de Shemiran —un nombre que delimita el norte de Teherán tanto geográfica como figuradamente—, donde entre tres podíamos juntar nuestros fondos y compartir una copa de helado.

Hacíamos vida social, en grupos mixtos de hombres y mujeres, de una manera sana. Ciertamente, era la época de la minifalda y por toda la universidad —de hecho por toda la ciudad— las jóvenes que iban a la última exhibían las piernas en homenaje a Twiggy, el icono de la moda del momento. Pero la imitación de la novedad occidental se limitaba a poco

más que una moda. Los estudiantes de la Universidad de Teherán procedían de familias de clase media o clase obrera y no veían su vida social como un ámbito para la experimentación. No llevábamos velo —de hecho, las tres mujeres con velo de la Universidad llamaban la atención— pero tampoco teníamos novio, en el sentido occidental de la expresión. Siempre íbamos a los cafés o a las excursiones de los fines de semana en grupos mixtos y aunque hombres y mujeres estudiaban juntos en la biblioteca, en clase las chicas ocupaban los asientos delanteros y los chicos los de atrás.

Para los clérigos conservadores, la Universidad era un antro de perdición, un lugar contaminado donde hombres y mujeres pecaban con el pretexto de la educación mixta. En los hogares de mentalidad tradicional, bajo la autoridad de padres que preferían que sus hijas no estudiaran y permanecieran encerradas en casa, moliendo hierbas para la cena, la llegada de la minifalda se convirtió en símbolo de la invasión de la cultura occidental, la excusa perfecta para oponerse a que sus hijas recibieran una educación universitaria.

A medida que la década de 1960 tocaba a su fin, la atmósfera política del país se fue enrareciendo lentamente. En 1964, el año antes de que yo entrara en la facultad, el sha expulsó a un clérigo ceñudo y poco conocido, el ayatolá Rujolá Jomeini; le desterró a Najaf, en Irak, debido a sus furibundos sermones que atacaban inteligentemente al Gobierno. Con la ausencia del ayatolá, todavía no había emergido ninguna ideología o líder que agrupara en torno a él el sentimiento antisha, por lo que oponerse al sha era fácil, pues la mayoría de la gente que nada tenía que ver con la élite de la corte poseía algún motivo de queja y una postura crítica no te alineaba claramente con ningún bando opositor. En aquellos días ser antisha no significaba ser pro ayatolá Jomeini. A menudo, cuando oía alguna conversación política en los pasillos me parecía que los estudiantes se estaban haciendo cada vez más antisha sin saber por qué, como si fuera una insignia que garantizara cierta categoría intelectual, como leer a Simone de Beauvoir.